

EL DIVINO VALLES.

PERIODICO DE MEDICINA ESCLUSIVAMENTE ESPAÑOLA

POR

D. Mariano Gonzalez de Sámano,

REDACTOR UNICO.



Se publica en Barcelona, y sale seis veces al mes.—PRECIOS DE SUSCRICION.—Para la península é islas adyacentes. Por un año, 40 rs.; por medio, 20 rs.—Para el extranjero: Por un año, 60 rs.; por medio, 30 rs.—Las suscripciones empezarán á contarse desde primero de año ó desde primero de Julio, aun cuando se hiciesen en los intermedios de estas épocas, recibiendo los interesados todos los números que les correspondiese.—Los remitidos, francos de porte, sin cuyo indispensable requisito no serán admitidos, se dirigirán á D. Mariano Gonzalez de Sámano, redactor único, en Barcelona.

SECCION TERCERA.

MEDICINA PRACTICA.

COLERA MORBO ASIATICO.

Artículo editorial.

ACERCA DE UN INTERES VERDADERAMENTE GENERAL.

Si en algunas enfermedades pueden reconocerse los períodos acrecente y decrecente, es sin disputa en las epidémicas y contagiosas, y mucho mejor en estas últimas. Fundados en estos principios de patología general, se puede asegurar hoy, que el cólera-morbo que reina en Galicia, se halla en un período decrecente.

(Continuacion al núm. 34.)

En el precedente artículo, núm. 34, ha demostrado el *periódico de medicina exclusivamente española* con razones científicas innegables; que en las enfermedades agudas se observan los períodos acrecente y decrecente: con mas certeza clínica todavía, lo patentizará con respecto á las epidémicas y contagiosas.

Toda vez que, la causa eficiente de una epidemia, tiene la suficiente actividad para desplegar su accion y encuentra en la naturaleza aquellas condiciones tan inconcebibles é inesplicables, como ciertas para el limitado entendimiento, á virtud de las cuales desenvuelve sus mortíferos fenómenos; se ven instantáneamente acometidos de la dolencia que tuviera facultad de producir, multitud de individuos, de todas eda-

des, sexos, temperamentos, constituciones y naturalezas individuales, sin distincion (en lo general) de clases ni de categorías. Exista la causa especial en la atmósfera segun pretenden los mas, ó dependa de una condicion particular en alguna de las seis cosas no naturales, el resultado es, no ser posible reconocerla materialmente ni por consiguiente aislarla. Es en verdad, un *quid Divinum* pero que, no por serlo, dejan de ser ciertísimos sus multiplicados efectos. A esta circunstancia, en confirmacion de los períodos acrecente y decrecente de las enfermedades epidémicas, en cuanto á la marcha y propagacion de estas, añádanse otras dos, á cual mas poderosas. Es la una, esa facultad de propagarse aun cuando para evitarlo se la opongán todos los diques conocidos y aun imaginables de la mejor reconocida higiene. No sucede en estos casos, lo que en el reinado de una enfermedad aguda pero esporádica: en esta no es de temer ni aun siquiera sospechar, la propagacion del mal del individuo enfermo al sano. Su causa ocasional, no tiene mas influencia, que sobre un organismo aislado y predispuesto de antemano por la continuada y paulatina accion de las predisponentes individuales y generales. Es la otra, la seguridad con que traspassa los límites que las señala nuestra reducida inteligencia. ¿Ha visto algun práctico, ni recuerda la historia de los hechos clínicos, enfermedad alguna que siendo epidémica, se ha-

biese reducido en el principio de su existencia, al estrecho círculo en el cual, la hubiesen pretendido esclavizar todas las medidas sanitarias reunidas y por reunir? Ni lo han visto, ni se verá por desgracia del género humano.

Todavía, aun cuando con mucha mas lentitud se distinguen mejor estos caracteres, en las enfermedades eminentemente contagiosas. La facultad que tiene su causa específica y virulenta, de comunicarse del individuo enfermo al sano, la propiedad de desenvolver su accion en este último, siempre que le hallase predispuesto á recibirla y sobre todo, la imposibilidad de incomunicar á los individuos enfermos de los que estuviesen sanos; son circunstancias que, aun no contando con otras, serian sobradas y suficientes para *reconocer en las enfermedades contagiosas los periodos acrecente y por consecuencia decrecente*, en cuanto á la marcha y propagacion de los contagios. Hasta este extremo, acreditado el periodo acrecente en las epidemias y contagios: reparemos un momento en el decrecente ó de declinacion.

El observador atento, quien hubiese tenido ocasiones de tratar enfermedades epidémicas y contagiosas, no habrá dejado de reparar durante el curso de estas, que en la série de sus fenómenos ó sean síntomas patognomónicos, se notan como pincelados los de invasion y aumento, é indeleblemente marcado el de declinacion: para confirmacion apelamos á las historias y apuntes clinicas que conservan los prácticos de todos los pueblos y de todas las edades, ya que la naturaleza de un artículo para periódico no nos autoriza de otro modo. Luego, está reconocido en los contagios, un periodo decrecente.

A estas razones, añádanse otras, las mas principales, deducidas de la índole y naturaleza mismas de los padecimientos contagiosos.

Como opinion sostenible y conforme con los principios de la ciencia, está muy admitido el que la virulencia de las causas específicas de las enfermedades contagiosas se desvirtúa con el tiempo, llegando á sostener algunos etiólogos que podrá suceder muy bien la estincion de aquellas dolencias específicas, cuya causa específica perdiese de actividad. Fundan estas conjeturas en la benignidad que ofrecen hoy ciertos contagios, como por egemplo el de la viruela y sífi-

lis, comparados con lo que fueron en otras épocas. Luego, trascurrido algun tiempo desde la accion de esta causa, á la época, en la cual la enfermedad empieza á declinar, bien se podrá admitir que en su trascurso ha perdido de actividad para ofrecer el periodo decrecente, sin que se nos arguya diciendo, será quimérico nuestro juicio, atendido tan solo el cortísimo espacio que media en algunas enfermedades contagiosas, como por egemplo el cólera, entre su invasion y terminacion; ni el que la química orgánica no ha encontrado todavia los principios virosos en los agentes etiológicos de esos contagios (el mismo del cólera) para en vista de ellos resolver afirmativamente la cuestion que ha promovido el DIVINO VALLES. Porque á la verdad, todas las sutilezas escolásticas aglomeradas, jamás podrán contrarrestar la fuerza de los hechos, ni negar la certeza de estos mismos. ¿No es mas inadmisibile que nuestra doctrina, la de los infinitesimales para el tratamiento de las enfermedades? Sí por cierto; y sin embargo, escudados con el dinamismo, pretenden sus defensores hacerla triunfar de su antagonista, no obstante el hallarse ésta sancionada por todos conceptos. ¿Y en qué se fundan los homeópatas? En el dinamismo y en el resultado de los hechos: pues bien, en esa misma fuerza dinámica y en el resultado de los hechos se parapeta el DIVINO VALLES para sostener y defender, es muy posible, que el periodo decrecente de las enfermedades contagiosas, provenga ó sea efecto de las causas presuntas y referidas, aun cuando en el estado actual de conocimientos etiológicos, nos sean desconocidas. De todos modos, y espíquese como se esplicare, no es posible negar el periodo decrecente en las enfermedades epidémicas y contagiosas. En uno de los inmediatos números terminaremos esta tarea, trayendo, en confirmacion á nuestras doctrinas, la multiplicacion é intensidad de los fenómenos patológicos que sirvieran á diagnosticarlas, así como tambien los resultados necrológicos, para con todos estos y los precedentes testimonios, sentar como una verdadera proposicion que *si en algunas enfermedades pueden reconocerse los periodos acrecente y decrecente, es sin disputa en las epidémicas y contagiosas, y mucho mejor en estas últimas.*

(Se concluirá.)

SECCION CUARTA.

TOPOGRAFIA MEDICA.

HISTORIA TOPOGRAFICA-MEDICA DE LEDESMA, CON APUNTES CURIOSOS DE SU HISTORIA ANTIGUA.

*Por el licenciado D. LUIS MARTINEZ Y MARTIN,
Subdelegado de medicina, cirugía y veterinaria,
su médico titular, de su hospital y del convento de religiosas, etc., etc.*

(Continuacion al núm. 32.)

Hecha la reseña histórica topográfico-médica, echemos una rápida ojeada sobre su historia antigua.

Fundaron á Ledesma los Vettones, porcion de los pueblos de la Celtiveria, los mas estimados en esta nacion, en la provincia que de su nombre se llamó Vettonia; esto fue el año de 3200 del mundo. (Flor de Ocampo, lib. 2, cap. 20). Opinan otros fue fundada Ledesma por los egipcios. Sacan esta consecuencia de que en Ledesma, saliendo por una de las puertas que conducen al puente llamado aun hoy de los Toros, habia dos de estos animales tallados en piedra, con sus collares de hierro, y unidos por una cadena del mismo metal: ya se sabe por las historias que los egipcios adoraban al buey Apis. Dicen los historiadores que estos conquistadores ponian por esta razon bueyes de piedra en todos los pueblos que dominaban, en señal de este dominio. En la Calzada Real de Salamanca, cerca de un pueblo llamado Olmillos, habia otro toro de la misma materia. Estas insignias las atribuye Quesada á el emperador Octaviano, el cual trajo por blason de sus armas un toro; lo que dice está bien claro en el vaticinio de la Sibila Albunea Tiburtina, que predijo el nacimiento de Cristo de este modo: *Nascetur Christus in Bethleem, et annunciabitur in Nazareth, regnante Tamo pacifico et fundatore quietis*. Fueron sus fundadores los egipcios ó vettones, que uno y otro puede ser; es lo cierto que Ledesma es una de las mas antiguas y célebres en la historia de España. Su primer nombre segun Gil Gonzalez, fue de Castro el rio; otros dicen se llamó Fera. Es lo cierto que en tiempo de Augusto ya tenia el nombre de Blectissa, nombre que en griego significa jamlum, del verbo *Ca 22ia*; por esto sospechan algunos fuese fundada Ledesma por alguna colonia griega de las que poblaron á España.

En el año 42 de Cristo, en las sangrientas y largas guerras entre romanos y godos que se disputaban el dominio de España, quedó esta ilustre villa tan desierta y despoblada, que segun Humberto se pobló de nuevo en el mismo año: *Blectissa in Hispania ulteriori propulatur*; pero no dice quién la pobló aunque se presume que los godos, que fueron los que triunfaron.

En el año de 714, cuando el desgraciado Rodrigo perdió el reino y la vida en el Guadalete, cayó Ledesma en poder de los moros, quedando sujeta al rey de Toledo, que vino á sentar sus reales en esta villa, estableciéndose en la fortaleza que en aquel tiempo era un magnífico palacio y muy fuerte. Su hijo fue sentenciado á sufrir el martirio por la fé de Cristo, á la que se convirtió, bautizándose en la parroquia de San Juan, estramuros de la villa, y recibiendo en el bautismo el nombre de Nicolás, que era el de su maestro, quien le acompañó en el suplicio de la hoguera con el tambien presbítero Leonardo. El rey presenció el suplicio de su hijo y de sus compañeros desde un balcon de su palacio. ¡Horrible espectáculo y terrible efecto del fanatismo musulman! Los tres mártires de Ledesma son, pues, San Nicolás, presbítero, San Nicolásito y San Leonardo, tambien presbíteros. La puerta de la villa por donde los sacaron conserva hoy dia el nombre de puerta de San Nicolás. Durante la permanencia del rey moro en la villa, sus habitantes, parte emigraron, y los que se quedaron se les dió libertad para vivir fuera, donde edificaron casas é iglesias, pagando un grande tributo al Rey.

Permaneció Ledesma en poder de los moros hasta que Ordoño I, que falleció el año de 866, la ganó como tambien á Salamanca y Coria, aunque unos manuscritos que se hallaron en el archivo de San Francisco de esta villa, dicen la ganó á ruegos de los cristianos el rey D. Alonso, que en sentir de un historiador seria el III ó Magno llamado por antonomasia Alfonso, hijo de Ordoño I que comenzó á reinar el año de 866 el mismo en que murió su padre; el sitio fue largo y muy reñida la batalla.

Segun Gil Gonzalez, quien ganó esta villa fue Alvar Fañez, matando á un famoso moro que la guardaba, en el puente con una lanza, tomando el origen de esta noticia de las armas de esta villa que consisten en un caballero á caballo sobre el puente con lanza enristrada; pero segun la historia el famoso Alvar Fañez floreció por los años de 1065, en cuyo tiempo estaba Ledesma en poder de los cristianos. Sin embargo, algo debió hacer en favor de la villa este campeón, pues en la estinguida parroquia de San Martin de la misma, tenia su descendencia arco, capilla y enterramiento.

El año de 938, dice Silva, que poseyéndola el famoso conde de Castilla Fernan Gonzalez, estando arruinada la mayor parte de ella, la mandó reedificar á un moro llamado Aceifa, dejándola su antiguo nombre de Blectissa.

En el año de 1169, segun el mismo autor, la pobló últimamente el rey D. Fernando II de Leon, estando tan desierta y despoblada que casi faltaba ya su memoria; este nuevo poblador la puso el nombre que hoy conserva de Ledesma.

Estuvo agregada esta villa á la corona de Leon, hasta que el rey D. Alfonso el X, llamado el Sabio, la dió con otros pueblos á su hijo el infante D. Pedro, que casó con Margarita, hija del señor de Nar-

bona, año de 1283. Está enterrado en la capilla mayor de San Francisco de Valladolid.

Muerto el infante D. Pedro, le sucedió en el señorío de esta villa su hijo el infante D. Sancho, que casó con Doña María, hija del rey de Portugal, D. Alonso el IV; murió D. Sancho en Ledesma el año de 1310, hallándose á su muerte el Obispo de Salamanca D. Fr. Pedro, quinto de este nombre del orden de Santo Domingo. Está enterrado el infante en esta villa, y el epitafio de su sepulcro grabado con letras de oro, dice así:

«Aquí yace el Cuerpo del Serem. Sr. Infante D. Sancho, hijo del Infante D. Pedro y Nieto del Rey D. Alonso el Sabio, señor que fue de esta villa y de otros muchos pueblos: falleció el año de 1310.»

Muerto éste, Ledesma y su tierra recayó en la corona, poseyéndola el primero el rey D. Fernando el IV, que comenzó á reinar año de 1235, en que se mantuvo hasta que su hijo D. Alonso XI de Leon y V de Castilla, que entró á reinar el de 1312 y murió el de 1350, la dió á su hijo natural D. Sancho el Mudo, que tuvo de Doña Leonor de Guzman, en Valladolid el año de 1332. También está enterrado éste D. Sancho en Ledesma.

A D. Sancho sucedió en todos sus estados su hermano el infante D. Fernando, que nació año de 1334.

A éste sucedió despues de su muerte la corona en la posesion de Ledesma hasta que se dió á los infantes de Aragon llamados de la Cerda, quienes la poseyeron con otros muchos estados, hasta el año de 1430 en que el rey D. Juan el II se la quitó en castigo de su rebelion: no queriendo los infantes reconocer ni respetar la persona del rey, éste la dió con título de condado á D. Pedro de Zúñiga, ilustre caballero que hizo un gran papel en las revoluciones de aquel tiempo y de quien descienden los duques de Bejar. Despues el rey D. Juan el II la dió á su hijo D. Enrique, maestre de Santiago, sucediendo en este cargo á D. Alvaro de Luna, degollado en Valladolid; á D. Pedro de Zúñiga dió el rey en recompensa á Trujillo, y no admitiéndole sus vecinos, le dió á Plasencia con título de condado.

Volvió Ledesma á ser incorporada á la corona, manteniéndose en ella hasta que D. Enrique el IV, llamado el Liberal, la dió con otros muchos pueblos á su privado D. Beltran de la Cueva, con título de Condado. Fue mayordomo mayor de palacio, y uno de los mas valientes caballeros de aquella época, segun el erudito y crítico Feijoo: fueron sus padres D. Diego Fernandez de la Cueva, vizconde de Huelma, y Doña Mayor de Mercado. Esta señora tuvo dos hermanos que fijaron su residencia en esta villa y erigieron una capilla en la parroquia de San Pedro, de la misma que aun subsiste de parroquia. En esta misma capilla están las religiosas de tres pastores de los que adoraron al niño Jesus en el portal de Belen, traídas dichas reliquias desde Jerusalem por un caballero Blestisano. Es falso el capricho indigno de un principe, al cual, segun

algunos autores, debió toda su fortuna D. Beltran de la Cueva. Sus descendientes, que son los duques de Alburquerque, siguen en la posesion de este condado.

El hermoso puente tiene cinco magníficos arcos: es todo de piedra bien labrada: tiene 220 pasos de largo y 6 de ancho: se cree con fundamento es obra de los romanos, aunque hay diversidad de pareceres entre los autores. No debe pasarse en silencio que Ledesma fue un punto fuerte de consideracion por su buena muralla, su buen castillo, y por estar bien defendido por su situacion topográfica: aun hoy puede ser punto estratégico de alguna importancia, por estar colocado entre las dos plazas de Zamora y Ciudad-Rodrigo.

No se sabe de un modo seguro la poblacion de Ledesma y sus arrabales en tiempo de los romanos y sarracenos: despues de la dominacion de éstos tuvo 1700 vecinos: hace cien años contaba solo 700 y en la actualidad no tiene mas que los que quedan consignados en esta historia.

La villa se gobernaba antiguamente por un corregidor, doce regidores perpétuos y procurador síndico general de villa y tierra, todos nombrados por el duque de Alburquerque. También entraban en este gobierno un alguacil mayor llamado del Duque, un lesmero ó rodero que nombraban los vecinos, y cinco sesmeros de la tierra que nombraban los vecinos de los lugares de esta jurisdiccion. Tuvo segun algunos historiadores jurisdiccion sobre 365 pueblos.

El mercado se hace fuera de la villa, como queda indicado, y fue privilegio que hizo á los vecinos de los arrabales el rey D. Fernando el IV, porque habiendo venido á ella dicho rey, los caballeros regidores llamados los Transmieras tomaron las armas, y negando al rey la obediencia y la entrada en la villa, por astucia y maña de los vecinos de los arrabales, entró en ella prendiendo á los gefes de la rebelion (los Transmieras), justificando su culpa y degollándolos en público cadalso. Sus bienes fueron confiscados y sus casas arrasadas y sembradas de sal, no quedando de ellas mas memoria que la del hermano mayor, sobre cuyos cimientos se construyó la cárcel y casa de ayuntamiento, con habitaciones para al corregidor y alcaide. Además del privilegio del mercado, el rey concedió á la villa otros muchos, convencido de que sus habitantes no habian tomado parte en la rebelion. Entre estos privilegios, los que mas tiempo se conservaron fueron el privilegio de sus escribanías, procuraciones, justicias, mayordomías y procuracion general de villa y tierra, y la promotoría fiscal que sirvieron los principales caballeros de ésta, y entre otros fue el último D. Pedro Nieto de Pobres, tercer abuelo de la condesa de Francos (año 1753). También les concedió este rey el privilegio del Fuero-Juzgo. Por otro privilegio de los Reyes Católicos estaban exentos los escribanos de esta villa del pago de la media-anata; por otro estaba la villa y su tierra exenta del pago del Real derecho de la moneda fo-

rera; con otros muchos que fuera prolijo referir.

Diremos algo de la parte eclesiástica. Esta villa tiene hoy cinco parroquias, cuatro dentro de muros y una fuera: tuvo seis hasta hace poco tiempo, y antiguamente tuvo seis estramuros, con algunas ermitas, un convento de frailes, que hoy es fábrica de tejas y curtidos, y uno de monjas de que queda hecho mención. La iglesia de Santa María la Mayor, que es la principal, y que fue colegiata, fue fundada por el desgraciado rey D. Rodrigo poco antes de la pérdida de España, año de 714. La capilla de música de esta colegiata se componía de seis músicos de voz, dos violines, un bajon y organista, todos con sus decentes y bien pagados sueldos. Tenía mas de veinte capellanías fundadas en ella, un cuerpo de clerecía antiquísimo, gobernado por su abad elegido canónicamente entre sí el día de la Asunción de nuestra Señora, su titular. Dicho cabildo se componía de los curas párrocos de la villa, quienes celebran diariamente en la capilla mayor y en otras, según la voluntad de sus fundadores. Había misas toda la mañana, desde la de alba hasta la de once y doce. Hay una capilla en la misma iglesia llamada de los pobres, porque sirvió de enterramiento para los que lo eran, y principalmente de los que morían en el hospital.

En el púlpito de la misma colegiata predicó San Juan de Sahagún el año de 1382, y habiendo reprendido á ciertos caballeros sus vicios, estos le echaron de la villa luego que concluyó el sermón. ¡Siempre los poderosos fueron los mismos!

Tenía esta iglesia muchas cofradías, jubileo de cuarenta horas y varios indultos pontificios, etc. Entre estos hay uno que concede á los vecinos de la villa y tierra el privilegio de comer queso y leche aunque no tengan la Bula. En la catedral de Salamanca había la dignidad de arcediano de Ledesma, que obtuvieron varones ilustres.

Muchos de estos ha contado Ledesma entre sus hijos, cuyo catálogo espondremos brevemente para dar una idea á los lectores. Ocupa el primer lugar el licenciado Juan de Figueroa, colegial mayor en el de San Bartolomé (llamado el colegio viejo) de Salamanca, de quien dice Antonio Herrera, Historia universal, tomo I, fól. 605, «que habiendo ido á Roma de auditor de la Rota, no quiso ser examinado,» diciendo «que un colegial del colegio de San Bartolomé, examinado por la capilla de Sta. Bárbara de la universidad de Salamanca, era indignidad serlo en otra parte.» D. Pedro de Toledo, virey de Nápoles, le llamó para que le ayudase en aquel gobierno. Fue desde allí de regente del consejo de Italia, y estando en este empleo, fue por embajador del emperador Carlos V á llevar á su hijo Felipe II la cesion que le hacia de los reinos de Nápoles y ducado de Milan en favor del casamiento de este con la reina María de Inglaterra, que fue el 25 de Julio de 1554.

En 1556 le hizo el emperador del consejo y cámara de Castilla, y por último, le nombró de su consejo de Estado. Cuando Felipe II dividió los con-

sejos de Aragon y de Italia, le nombró presidente del de órdenes, siendo el que introdujo el estatuto de la limpieza de sangre en la forma que se guardó despues. Cuando se retiró el marqués de Mondéjar de la presidencia de Castilla, fue nombrado en su lugar, año de 1564.

Estando próximo al sepulcro, le envió á decir el rey «que á quien quedaba por sucesor» á lo que contestó Figueroa que á él le bastaba dar cuenta de una presidencia y no de dos.

Ocupará el segundo lugar el Ilmo. y Rmo. señor D. Fray Martín de Ledesma del orden de Santo Domingo, catedrático de prima de teología de la universidad de Coimbra, nombrado por el rey de Portugal Juan III, renunció el obispado de Viseo.

El Ilmo. Fr. Bartolomé de Ledesma, del mismo orden, catedrático de prima de teología de Méjico, obispo de Oaxaca en América.

El Rmo. P. Fr. Antonio de Ledesma, trinitario, Dr. en teología y decano de la ciudad de Salamanca, etc. etc. etc.

En las armas sobresalieron muchos, entre ellos D. Gonzalo Rodriguez de Ledesma, llamado el honrado caballero; fue ayo del Sermo. Infante Don Sancho, señor de esta villa; fundó con sus propias rentas el hospital de esta villa, de que queda hecha mención, y tambien la capilla llamada de los pobres donde está enterrado.

D. Men Rodriguez de Ledesma, gobernador de Málaga.

D. Antonio de Quesada, gobernador de la provincia de Guatemala, por el emperador Carlos V, destino debido á sus grandes hazañas.

D. Gonzalo Rodriguez de Sanabria (hijo de aquel celebrado Men Rodriguez de Sanabria que acompañó al Rey D. Pedro el Justiciero cuando salió de Montiel), mereció que los gobernadores del reino le fiasen el año de 1592 el castillo, fuerte alcázar de Zamora, y otros muchos. Finalmente, descendiendo de esta villa y tenían sus casas solares en ella los duques de Tamames; tenían su casa solar, aunque no naturales de ella, los Centenos-Paces, Meneses, Quesadas, Arroyos, Rodriguez de Ledesma, Ledesma, Enriquez, Nietos, Tapias, Estrados, Maldonados, Godínez, Vanda-Real, Zúñigas, Herreras y otras ilustres familias que componían la alta y dilatada aristocracia de Ledesma; ¿y qué ha quedado de tanta grandeza y esplendor? ha quedado un esqueleto mutilado. Ledesma ha pasado por todas las épocas y vicisitudes por que pasan las naciones, los imperios y las sociedades.

(Se continuará.)



SECCION ULTIMA.

VARIEDADES.

A continuacion damos cabida á los trabajos científicos de la Academia de Madrid y á la oracion ó discurso que en su sesion solemne y pública, celebrada el 4 de los corrientes, leyó su socio académico y de número el doctor y catedrático D. Vicente Asuero.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

*Sesion pública y solemne del 4 de junio de 1854.
—Resumen de actas leído por la secretaria.*

(CONTINUACION DEL NUMERO 37.)

Discurso inaugural leído por D. Vicente Asuero.

Es, señores, porque al hombre asiste para muchos actos una conciencia intelectual propia, independiente é insobornable por esa otra conciencia pública creada por la ley, cuando la ley promete dudosamente el bien á vuelta de sacrificios positivos y desproporcionados al esfuerzo que ella ordena, si se ha de ir al alcance del primero. Es porque esa conciencia intelectual y propia, impera aun mucho mas que la pública y solo sancionada por la ley. Es porque se elude sin remordimiento y hasta sin humillacion y sin vergüenza, toda ley que prescribe, como la que estamos combatiendo, un imposible y un martirio, á la vez todo. Es porque si á algunos glorifica el valor con que se arrojan al concurso, no menoscaba ó perjudica al crédito de muchos, la modestia con que de ellos se retraen.

¿Quereis que cesen para siempre los males que de aquellas viciosas disposiciones reglamentarias se originan?

¿Quereis, si, no lo dudo, cortar como á cercen la cabeza de ese monstruo que se llama oposicion, de esa hidra que ahuyenta del concurso á muchos hombres ya justamente reputados por su sabiduría ó su experiencia?

¿Quereis que el profesor mas distinguido, que el mismo catedrático establecido en punto contrario á su bienestar ó á su fortuna, venga á aumentar la lucidez de los concursos, á competir con otros adalides el dia en que desee su traslacion á mejor punto?

¿Sentís que hoy, para lograrla, tenga (conver-

tido en importuno pretendiente) que redactar y firmar solicitudes, empeños, memoriales, quien solo tajara bien su pluma para escribir observaciones, monografías y memorias, libros, en fin, que perpetuasen su renombre?

Pues escuchad: haced de modo que nada tenga que aventurar este mismo catedrático el dia en que, bajando del asiento en que esplicare, suba al sitio en que haya de sentarse como opositor y como actuante. Haced que ni dentro ni fuera de este gimnasio intelectual sea menester que á los aspirantes acompañe la veleidosa deidad de la fortuna, si han de obtener su merecido. Mirad que, próspera ó adversa, esta sutil deidad se mezcla en todo; que todo lo avasalla y hace suyo; que incansable en sus vuelos y giros encontrados, reparte caprichosa el bien y el mal de que dispone, sin siempre reparar en quien mas por sus afanes los merece.

¿Se necesita, se desea averiguar si el aspirante al magisterio tiene las dotes que reclama el puesto que ambiciona? Pues consúltense cuáles son estas: indáguese cómo las manifiesta el opositor en una série bien calculada de ejercicios que representen con toda la posible exactitud todas las tareas ó funciones que ha de desempeñar si subiere á la vacante que desea. Exíjase, en buen hora, las pruebas necesarias para adquirir el convencimiento que se busca. Que no sea una fórmula: que sea una verdad esta exigencia. Ni menos de lo justo reclamemos, ni busquemos tampoco lo supérfluo, ni, sobre todo, lo imposible. Fijaos bien en esto, porque en tanta exigencia está el abuso, el nudo asáz estrangulante para unos y livianamente corredizo para otros.

Ahora, pues, decidme; ¿están representadas las funciones del maestro en los actos que se prescriben al actuante? Que cada uno de nosotros, que todos los hombres á la enseñanza consagrados, que los mas laboriosos, que los mas privilegiados por sus medios de adquirir, elaborar, retener y espresar lo que supieren, digan reflexionando acerca de los actos indicados, si ahora, habituados ya á hablar en público, á desdeñar tímidos recelos de amor propio, á pensar en voz alta en presencia de un auditorio variado y numeroso, podrian, sin embargo, aceptar sin compromiso esa série de inconsiderados ejercicios prescritos en el reglamento que nos rige: si acreditados como ya lo están por su idoneidad para la enseñanza, se atreverian á repetir aquellos mismos actos que desempeñaran algunos en su tiempo con los mismos ú otros contrincantes. No esperemos su respuesta, no: estimamos en todo lo que vale su saber y su modestia para aguardarla de sus labios contraria á la

que nos dicta la conciencia propia y la fé en la estimacion que á sí mismos deben profesarse hombres dignos por tantos títulos de ella.

Mas volvamos á nuestro punto de partida.

¿Quereis poner diques al favor que todo lo invade y atropella; impedir amaños, sorpresas, asechanzas, arbitrariedades inevitables y sin cuento; abolir privilegios que lastiman al sentimiento de la equidad; quitar todo motivo, toda razon, todo pretesto á los que por méritos extraordinarios y científicos solicitaran la dispensa de aquellos egercicios fundándose entonces como siempre en lo comprometidos que estos son para la reputacion que ya hubieren adquirido?

¿Quereis que se subleven todas las conciencias contra la de aquel que esto pidiera y contra la del poder que lo otorgare: que sea una la opinion firme y compacta; unánime el dictámen, único el asentimiento y fraternal?

¿Quereis dar aliento y esperanza á la aplicacion, al saber y al talento desvalidos, dejando libre y espedito para todos el camino que conduce al templo de la gloria; que sea la imparcialidad y la justicia de los tribunales las que juzguen del saber que ha de difundirse por las aulas; que haya homogeneidad en los títulos, prerogativas, consideraciones y derechos entre los que se sienten juntos en los mismos cláustros de la ciencia; que la toga profesional conserve siempre el lustre que debiera, que nadie la empañe con su aliento, que todos la respeten?

¿Quereis que cesen las protestas, los quejidos y lamentos, las amargas, enojosas y punzantes diatribas; que no se declame estérilmente contra los efectos dañosos que palpamos, dejando en pie su causa responsable; que la paz nunca se turbe entre hombres á quienes tantos títulos les sobran para amarse mutuamente?

Pues ya veis cuán poco es lo que pedimos para tanto bien como esperamos. Ya veis que no alzamos nuestra voz en favor de perfecciones que solo fueran ilusorias. Ya veis que lejos de aspirar en esto hácia la utopia, la combatimos en donde creemos que otros la soñaron.

¿Hay nada mas justo que desear para todos los concursos actos en todo equivalentes á los de las funciones propias del destino á que se aspira?

Pues esto y solo esto es lo que pedimos en nombre de la razon, de la dignidad y del decoro para cuantos aspiren ó aspiraren á subir al magisterio.

Mas se dirá, que allanado así el camino para aspirar al magisterio, huyendo de un escollo, habrá de caerse en otro; que si hoy es tan escasa la afluencia á los concursos y tan reducida

la eleccion de candidatos al elevarse las propuestas, adoptada que fuere la reforma que tiende á remediar el mal presente, seria tal la concurrencia á que daria aquella márgen, que subirian de punto las siempre costosas dilaciones, las molestias y sacrificios irrogados con la muy prolongada instalacion de los concursos. A su tiempo procuraremos contestar satisfactoriamente al argumento que dejamos indicado.

III.

Dice el art. 133 del Reglamento de estudios decretado por S. M. en 10 de setiembre de 1852: «El primer egercicio consistirá en un exámen de preguntas sobre todas las materias que comprenda la facultad ó la seccion filosófica respectiva, dispuestas é introducidas en una urna por los jueces del concurso en número de ciento. El opositor sacará á la suerte una á una hasta diez ó mas preguntas si fuere necesario para completar el tiempo, y leyéndolas en alta voz conforme vayan saliendo, contestará á ellas. El acto durará una hora (1).

¡Cien preguntas metidas en la urna! preguntas que, segun el espíritu y la letra del artículo copiado, serán de física y de química médicas, de anatomía, de fisiología, de higiene privada y pública, de historia natural médica, de elementos de terapéutica, de farmacología y arte de recetar, de patología esterna é interna, de filosofía de la terapéutica, de obstetricia, de apósitos y vendages, de medicina legal, de toxicología, de análisis química, de historia y bibliografía médicas.

Y ¿qué se propone la ley al instituir este egercicio, que á tan ruda prueba compromete: que tantos, tan innumerables é indefinidos conocimientos ha de reclamar ó puede hacer indispen-

(1) «Quand je vois un homme vouloir en même temps briller par l'adresse de sa main dans les operations de chirurgie, par la profondeur de son jugement dans la pratique de la medecine, par l'étendue de sa mémoire dans la botanique, par la force de son attention dans les contemplations metaphysiques, etc., il me semble voir un medecin qui, pour guérir une maladie, pour expulser, suivant l'antique expression, l'humeur morbifique, voudroit en même temps augmenter toutes les secretions, par l'usage simultané des sialogogues, des diurétiques, des sudorifiques, des emmenagogues, des excitans de la bile, du suc pancréatique, des sucs muqueux, etc.

La moindre connaissance des lois de l'économie ne suffiroit elle pas pour dire á ce medecin, qu'une glande ne verse plus de fluide que parce que les autres en versent moins, qu'un de ces medicamens nuit á l'autre, qu'exiger trop de la nature, c'est être sûr souvent de n'en rien obtenir?» (*Recherches physiologiques sur la vie et la mort*, par Xav. Bichat, page 129).

sables en quien á desempeñarle se decide? ¿Se intenta averiguar con este primer acto cuál es el opositor que aprendió, que supo, ó que recuerda cuánto en las ciencias nombradas se contiene? ¿Se ignora que cada una de estas ciencias tiene ya su biblioteca? ¿Se ignora lo que es la comprensión, la capacidad del hombre mas inteligente y aplicado? ¿Se ignora que la superioridad en un ramo de una ciencia se adquiere siempre á costa de la inferioridad en los demas? ¿Que la *omnisciencia* que á hombres extraordinarios se atribuye, aun en su propia facultad ó profesion, es mas bien aparente que real? ¿Se tiene en cuenta la turbacion del profesor que está comprometido á responder á todas las preguntas que la suerte le depare delante de sus jueces y ante un público que ignora si todo el saber que á ellas se refiere, es solo difícil é imposible? ¿Se desconoce el estado moral del pundonoroso opositor, que tímido, modesto ú esforzado, á tanto azar encomienda su buen nombre, su reputacion como hombre público, la alhaja mas preciosa que posee, su entraña moral mas susceptible, delicada y predilecta?

Una á una ha de ir sacando las preguntas que leerá en voz alta para luego contestarlas. ¿Y cuántas sacará? Hasta diez, por lo menos, segun lo han comprendido los tribunales que juzgaron el egercicio á que aludimos, como un acto de tanteo instituido para averiguar la suficiencia del actuante, en todos los ramos ó las ciencias de la facultad de que es doctor.

Esto no obstante, ha habido tribunales que han dado por válidos algunos egercicios en que, sin sacar tantas preguntas como vagamente indica el reglamento, se ha invertido en sus respuestas la hora prefijada para la duracion de dicho acto.

Fúndanse los que así interpretan este artículo, en su contesto literal, y en que metidos en la urna puntos relativos á las asignaturas de la facultad para la que está abierto el concurso, el opositor no se substrahe al exámen general que la ley le impone con este acto, aun cuando no lleguen á diez los puntos que sacare, puesto que en la urna se hallan todos, y él no los escoge al tiempo de tomarlos. Si contesta á estos puntos de un modo conveniente, nadie podrá afirmar ó negar que no hubiera contestado á algunos mas de aquellos.

Añaden á estas razones la siguiente: en cambio de la variedad, superficial acaso, en las nociones que un actuante manifiesta respondiendo á diez ó veinte preguntas en una hora, muestra profundidad tal vez en las que tiene quien invierte el mismo tiempo en contestar á un número menor que el minimum espuesto. Aun dicen mas: ¿y por qué no se ha de conceder á los actuantes la libertad de emitir sus ideas, cuanto sepan,

acerca de los puntos que la suerte les vaya depa-
rando? ¿No está presente el tribunal que ha de fallar con su criterio sobre el saber profundo de los unos, somero de los otros, así como de la concision ó difusion con que cada cual improvisa acerca de puntos no elegidos? ¿Por qué aquellas medidas tan rígidas de tiempo? ¿Por qué semejantes cortapisas, que distraen, dividen ó quiebran la atencion del que ha de fijarla alternativa-
mente en lo que dice y en el minuterio de un relój que le va contando sus instantes, ó con angustiosa lentitud, ó con apremiante rapidéz?

De manera, que segun la práctica observada en unos tribunales, cumplen con el reglamento los actuantes si contestan á diez ó mas preguntas; pudiendo ser válidos los actos, segun otros, aun en el caso de faltarles el tiempo para responder al número mas ínfimo de aquellas.

Interpretado así el artículo, se ve que el opositor debe, en un caso, contestar midiendo el tiempo que duren sus respuestas para invertir en cada una los cinco minutos, poco mas, que la ley quiere otorgarle, mientras que exento de esta penosa traba, en otro caso, se deja á su albedrío el ampliar cuanto quiera las respuestas.

A la absurda aspiracion que busca entre los firmantes á un concurso un tipo ó un egeemplo de aquella sabiduría inconcebible y fabulosa, agréguese la exigencia indiscreta, pueril é impertinente, de obligar á demostrarla, condensando ó dilatando las ideas para acomodar su esposicion á medidas inflexibles como aquellas. ¿Es poco lo que conturba ya al actuante para abusar así de su atencion? (Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

CATECISMO HIGIENICO

PARA

LOS NIÑOS,

por el médico D. Vicente Díez Canseco. — Leon: 1854.

Hemos tenido el gusto de recibir un egeemplar de este opúsculo curioso é instructivo, con cuya publicacion creemos ha hecho un gran servicio á la instruccion primaria, nuestro comprofesor el Sr. Canseco. Su dedicatoria á los mismos niños está sembrada de los mas bellos sentimientos y máximas de moralidad. Consta el catecismo en 15. de 100 páginas, que comprenden: 1.º ideas generales de medicina; 2.º la higiene general; 3.º la higiene particular, y 4.º apéndice; la higiene de los sentidos. Recomendamos muy eficazmente este catecismo á los maestros de primera ensenanza, así como á los padres de familia, á fin de que hagan lo posible porque los niños se habitúen á su lectura, sin embargo que nos permitirá el Sr. Canseco hacer notar, que en algunos estremos, creemos á su obrita superior al alcance del talento tierno de los niños.

Valencia: Imprenta de D. José Mateu Garin. — 1854.